

La misión del poeta romántico

En el recuerdo de todos está la imagen del escritor comprometido que practica una literatura social e ideológica y entiende que su actividad ha de tener una proyección y utilidad que la justifique. En un momento del siglo XIX estos escritores comprometidos comienzan a llamarse intelectuales y su figura pervive, al menos en España, hasta los años que en nuestra historia reciente se conocen como "de la transición".

Pero, como suele suceder, esta actitud tiene antecedentes, una historia. Siempre, de un modo u otro, quien se dedicaba a las letras o al pensamiento buscó justificar su actividad (en los primeros tiempos como un servicio a Dios) e influir sobre su alrededor, ya fuera mediante la docencia, ya mediante el ejercicio de la política. En este sentido, un filósofo como Fichte sintetizaba en 1800 la situación indicando que "sabio es el educador del género humano" (p. 63). Recogía una idea que se conformó al hilo del desarrollo de la actividad literaria y que tenía como referente el modelo del monje que dedicaba su tiempo y actividad al conocimiento de la Verdad y a la educación del pueblo (por eso la literatura va a estar marcada por la moral y el didacticismo). El proceso de secularización que se dio en esta figura, pasando de un modelo religioso a otro de sacerdocio laico, lo estudió para Francia Paul Bénichou hace ya años.

Sin embargo, esta idea según la cual el sabio, y, en un sentido más amplio, el literato, es un educador no siempre ha sido plenamente aceptada, al menos en los términos habituales de su planteamiento. Por no retroceder demasiado en el tiempo y no salirme del espacio hispano, Saavedra Fajardo indica en su *República Literaria* que por lo general los escritores dicen a los demás lo que deben hacer, sin conocerse a sí mismos; quieren ser modelos de conducta, cuando en realidad son sacos que acogen todos los vicios y defectos. El caso de Saavedra es sumamente peculiar, pues se trata de uno de los literatos con mayor influencia política de su momento que, sin embargo (pero como otros), recrimina y desdeña la labor de los hombres de letras.

Su postura, a pesar de la crítica, es un indicio de esa idea generalizada, según la cual el autor debe enseñar algo al lector y ese algo ha de servirle para navegar por el mar proceloso de la vida. En definitiva, debe ofrecer una respuesta válida a las preguntas que los demás, menos sabios, se hacen. Esta función didáctica fue también, a partir de un momento, justificación de una actividad por demás inútil e improductiva como es la literaria, no sujeta a gremios y sin legislación hasta hace relativamente poco.

La misión, por tanto, del escritor comienza muy pronto y a ella se alude en numerosas ocasiones, aunque no siempre se la denomine de ese modo. Pero si es cierto que a menudo uno no se conoce a sí mismo mucho más de lo que conoce a los otros, no es menos cierto que en la historia de la literatura se han dado casos -aunque puedan ser accidentales- de grandes sabios y de grandes simuladores o charlatanes que jugaron con la confianza de los más inocentes y que pueden justificar, si fuera necesario, opiniones como las de Saavedra.

Alumbrar, iluminar, ser faro fue, por tanto, un rasgo distintivo del escritor. De hecho es una metáfora que se emplea con frecuencia en el XVIII y durante el Romanticismo para referirse a su actividad (Abrams). Más tarde otros darán continuidad a la metáfora romántica de la teoría de la imaginación poética: recuérdese a Cernuda en poemas como "Soliloquio del farero", de *Invocaciones*, y "A un poeta muerto", de *Las nubes*, donde muestra además la impronta que la poesía romántica tuvo en la concepción de su propia teoría (Gil de Biedma).

Pero hasta llegar al momento romántico en que parece que se da una función específica al poeta, hay que pasar por otros episodios literarios en los que no se habla de misión del poeta y sí de función del escritor, como se ha visto. En la España del siglo XVIII esa función se querrá directiva, en el caso de aquellos que se acercan a la política, y didáctica en su más amplio sentido, en el de los que investigaron y dieron a conocer la Historia nacional. Ambas, formas de dirigir la sociedad que fueron a menudo criticadas por miembros de la clase aristocrática, pues su órbita de influencia se veía paulatinamente reducida, neutralizada por la mayor presencia de elementos "burgueses". Un testimonio de esta situación lo ofrecieron los hermanos Rodríguez Mohedano al defender la aceptación de cargos públicos y políticos, puesto que el escritor estaba mejor preparado que los demás para dirigir la sociedad y figurar a su cabeza, y no "estar, por sabios, a la cola siempre del ignorante" (1779, p. 25).

La necesidad de encontrar una función se hizo más fuerte cuando en el siglo XVIII, siglo utilitarista, cada elemento de la sociedad tenía la suya y pertenecía, además, a un estado o grupo social. El de literato no era propiamente un estado, pero el hecho de pertenecer a un grupo, que desarrollaba una actividad determinada, que ejercía cierta influencia y que se relacionaba con otros estamentos sociales de clara función, como eran el de los nobles y la Iglesia, así como pertenecer a las academias (que casi era considerado un título equiparable a los de nobleza), contribuía a hacer que así pareciera. Por otra parte, el contacto con esos dos grupos desclasaba al escritor, que en muchos casos tendió a que su conducta y su indumentaria se parecieran a los de la nobleza -si quería ser aceptado por ella y dado que a menudo tenían el control sobre las gracias y concesiones- y que utilizó el modelo del sacerdocio, aunque laico, para hacerse aceptar por la sociedad.

Pero, al tiempo, los escritores, que se regían por una supuesta igualdad que gobernaba la democrática República de las Letras, introdujeron cambios que les alejaban de los parámetros clásicos de la aristocracia. Y, de este modo, los valores que defendieron desde sus obras poco tuvieron que ver con los de la aristocracia: la sensibilidad, la beneficencia, la utilidad, el respeto al otro, el valor del trabajo, la hombría de bien en definitiva, nada tenían que ver con las cualidades del noble (hablando en términos generales). Es claro que son cualidades que reportan beneficio al individuo y a la sociedad en la que vive, valores burgueses. Y aunque la procedencia de los escritores sea de lo más dispar, sí se puede afirmar que formaron un grupo de ideología burguesa, lo que redundaba en beneficio de la idea de utilidad.

El poeta ilustrado del siglo XVIII se valió del verso para educar, dejando poco y tardío espacio a las efusiones del corazón. La literatura debía entretener educando mientras enseñaba a los jóvenes a amar la virtud y rechazar el vicio. En este sentido, la literatura y la filosofía cooperaban con la política y la legislación, pues las primeras mostraban y difundían las verdades morales que las últimas regulaban. Así pues, salvo excepciones, los escritores estuvieron al servicio de las ideas políticas del momento, haciéndolas variar en ocasiones, pero principalmente apoyando o matizando a los gobernantes, que a menudo eran ellos mismos, como sucede de forma palmaria y más controvertida durante los años de las Cortes de Cádiz y de la Guerra de la Independencia.

La función del literato, incluido el poeta, es la de dirigir a la sociedad y hacerle llegar los mensajes.

Desde otro punto de vista, había quien, como Diderot, pensaba que a medida que la filosofía progresaba, decaía la inspiración poética (*Salon de 1767*), haciendo imposible en el siglo de la verdad y de la razón el espacio para la ficción poética.

Resultado de esta idea es, en parte, el consejo de Jovellanos a sus amigos salmantinos, pidiéndoles que dediquen su talento poético a asuntos de más importancia que los tratados en sus composiciones bucólicas, eróticas y burlescas, lo mismo que el deseo de algunos hombres de letras, como el mismo Jovino y Cadalso, de hacer desaparecer al final de sus días sus ocios poéticos. La poesía no es una actividad seria en esa época si no refiere asuntos educativos y no reviste utilidad pública, que puede ser desde luego política. A este respecto es indicativa la censura de Ceán Bermúdez cuando señala que se veía con malos ojos que los miembros del gobierno y de la jurisprudencia se dedicaran a la poesía.

Planteándolo de forma drástica, se podría decir que contra este estado de cosas se revolviéron los poetas románticos. Fueron rebeldes (aunque en seguida aceptaran puestos políticos o diplomáticos), propusieron modelos alternativos (aunque entraran en academias y en el sistema burgués), y desarrollaron las posibilidades del mundo onírico y sentimental que sus predecesores sólo habían transitado ocasionalmente. La nueva figura del escritor, del poeta romántico en este caso, viene definida por una revisión del hombre de letras civilizado y civilizador dieciochesco, generación ya anciana frente a la que se levanta el empuje de los jóvenes. Y si ese hombre de letras era filósofo y razonador, educativo y útil, el nuevo hombre de letras, poeta romántico, potenciará la introspección, lo religioso, la comunión con la naturaleza y la exaltación del yo. Tendrá algo de profético y oracular, y se acercará de nuevo a la imagen del sacerdote y al malditismo del solitario incomprendido.

Frente al literato del XVIII, más corporativista, el romántico buscará el éxito individual, pero uno como otro se considerarán guías de la humanidad, si bien sus enseñanzas apuntarán a miras distintas.

Como ya indicó Allison Peers, la idea de la misión del romántico se convirtió en latiguillo, llegando a ser uno de los tópicos objeto de burla del mundo romántico. A los que como Zorrilla, insistentemente, hablaron de la misión del poeta -recuérdense los poemas dedicados a la muerte de Larra y a Salas y Quiroga, por ejemplo-, hay que unir los que, desde el mismo Romanticismo, no pretendieron tal misión o, incluso, rechazaron el cáliz. Es el caso del duque de Rivas que, paladinamente, confiesa desde los *Solaces de un prisionero* no haber pretendido cumplir la "alta misión del poeta, dando lecciones al mundo y mejorando la sociedad" (cit. por Peers, II, p. 350).

Sin embargo, si entre los poetas franceses y alemanes cundió la idea de la misión como algo trascendental y más allá de las posibilidades humanas, acercando al poeta a los dioses o haciéndolo un ser demoníaco, miserable e incomprensible, ese mismo espejismo se dio entre los románticos españoles, con las diferencias que ha señalado la crítica. Espronceda en poemas como *El diablo mundo* sería el mejor exponente del poeta que lo abarca todo y es altivo en su mirada solitaria pero que, a la vez, fracasa en su intento. Un fracaso que deviene, y lo expresa con lucidez, de las limitaciones de la lengua (Lloréns), y un fracaso que percibe porque es consciente y cree en la misión del poeta. Algo que no les sucede a los escritores que se refieren a dicho cometido de forma retórica y grandilocuente.

Junto a esta noción de la misión romántica, interesa la que Larra (y el mismo Espronceda en otros textos) representa, al dar a su concepción del concepto una dimensión social y útil, que le vincula con el discurso ilustrado. Su conocido artículo de enero de 1836 titulado "Literatura" pone de relieve esta dimensión: el escritor debe ofrecer a "la multitud ignorante" una literatura "apostólica y de propaganda; enseñando verdades". Debe ser expresión de "la sociedad nueva que componemos" y ha de ser "faro del porvenir"; y, en el segundo artículo sobre *Antony*, "el poeta tiene la alta misión de reformar la sociedad". Larra y Espronceda consideran que el escritor debe ser guía de la sociedad, papel semejante al que habían propuesto para él los ilustrados hermanos Mohedano.

Aunque Larra acepte una misión para el poeta, y Alberto Lista tres años después niegue esa supuesta misión, en realidad los dos no están tan lejos.

Lista, en su conocido artículo de 1839 titulado "De la supuesta misión de los poetas", burla y critica en aquellos "corifeos del nuevo romanticismo" el empleo de un sintagma, que ve excesivo en el uso y mal utilizado, por lo que para él significa la poesía y ha de ser la función del poeta. Desde la misma seriedad que llevó a Espronceda y Larra a escribir en términos de compromiso, Lista indica que la misión del poeta es dirigirse a "la sociedad en que vive", lo cual le acerca al Larra que pide una literatura del día, que sea expresión de lo que somos y no una literatura muerta, de corte exclusivamente clasicista. La diferencia está en que Lista limita los objetivos del poeta circunscribiéndolos al clásico recrear el ánimo para exaltar la virtud y arrumbar el vicio, rechazando toda dimensión sacerdotal a los poetas (que él deja para los profetas). No estoy del todo conforme con aquéllos que han señalado en Lista un servidor de la belleza y del orden establecido. Creo que lo que se da es un uso de diferentes códigos, lo cual no significa necesariamente un indicio de progresismo o conservadurismo (Larra y Mesonero, por ejemplo, emplean la palabra *sociedad* y sus mensajes son diferentes). Larra se vale del término "sociedad" y Lista del de "naturaleza" para referirse a la materia literaria, pero los dos rechazan lo que el Romanticismo tiene de negativo y perjudicial para el hombre (recuérdese la reseña de *Antony*), y tanto uno como otro pretendieron colocar al literato en la sociedad, haciendo de él su guía.

En este paso del poeta ilustrado al poeta romántico, el primero tiene *función* y el segundo *misión*. Las palabras indican bien el lugar de cada uno. El primero, como ya se vio, será útil, más filósofo que poeta y encontrará el valor de su obra en el más acá; el segundo tratará de explicar el valor de la poesía en el más allá, en la trascendencia y en lo sobrenatural. La misión y la verdad se aliarán para producir la poesía, expresión del yo.

Pero en este proceso hay un elemento habitualmente olvidado (y tal vez con razón). Me refiero a la idea que los ilustrados de final de siglo, ya menos rígidos que los de la primera hora, tuvieron de sí mismos y a como muchos de ellos acogieron, para representarse tras los fracasos de las reformas políticas y culturales, el modelo de Saturno y la melancolía, creando un tipo, el melancólico, que encontraba su teorización última en el artículo sobre la me-

lancolía incluido en la *Encyclopédie*, su visualización en retratos como el famoso de Jovellanos por Goya o el autorretrato de Luis Paret, y su dramatización en los protagonistas de novelas como *La filósofa por amor*, *Valdemaro*, *Serafina*, *Maclovía* y *Federico* y otros, pero sobre todo en *René* (1802), *Oberman* (1804) y *Adolphe* (1816), que son muestrarios de conductas sensibles, introspectivas y aisladas, sin olvidar el anterior *Werther* (1774) y la influencia de Rousseau e incluso Diderot. Para el pensamiento de la Ilustración, la melancolía era la consecuencia de conocer la imperfección propia, descubierta tras buscar la perfección y no encontrarla ni en la naturaleza ni entre los hombres.

Como demostraron los Wittkower, el artista melancólico, saturnal, fue cuajando desde los tiempos de la antigüedad, llegando a tener unos perfiles definidos que, en muchas ocasiones, encajan perfectamente con los del artista romántico y, desde luego, con muchos de los que nos ha proporcionado la imaginación hollywoodense. Fueron incluso, esos rasgos, los que llevaron a pensar a Lombroso que existía una personalidad artística concreta y definida más allá del tiempo.

La melancolía, como rasgo caracterizador del mal del siglo, es un puente que une al poeta del siglo XVIII, baqueteado por los fracasos en su proyecto de utilidad política y mejora de la sociedad, desengañado de sus proyectos de utopía y civilización, con el romántico, que, en sus figuras mejores, los asume también de forma más trascendente pero con la inseguridad que produce el desengaño de sus predecesores.

Otros, sin embargo, pasaron del gesto verboso y teatral a la "sensatez burguesa", como el mismo Zorrilla, cuando redactó el artículo "El poeta" para *Los españoles pintados por sí mismos*, donde ya la única misión del vate, si es que la tiene, es labrarse un cómodo pasar que le permita vivir bien. La declaración en que se dimite de esa misión y de la condición alternativa y especial de ser poeta se resume en estas frases: la de poeta "es una carrera como cualquier otra que conduce a una posición social decorosa y aun a destinos honoríficos del Estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez" (p. 151). "El poeta no se distingue en nada del resto de los hombres", aunque "el poeta es siempre poeta" (p. 156).

A partir de entonces el concepto de misión se transformará hasta recuperar de nuevo sus elementos mejores: utilidad, reforma de la sociedad, compromiso, etc., dando pie a los intelectuales comprometidos y a lo que Gabriel Celaya denominó, en verso afortunado, poesía como "un arma cargada de futuro".

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
CSIC Madrid

Bibliografía

- AA.VV. 1843. *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Imp. Gaspar y Roig, 2 vols.
- Allison Peers, Edward. 1973. *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 2 vols.
- Bénichou, Paul. 1981. *La coronación del escritor*, México, FCE.
- Ciplijauskaitė, Birute. 1966. *El poeta y la poesía (Del Romanticismo a la poesía social)*, Madrid, Ínsula.
- Fichte, Johann Gottlieb. (s.a). *Destino del sabio y del literato*, Madrid, Sociedad General Española de Librería.
- Furet, François (ed.). 1995. *El hombre romántico*, Madrid, Alianza Editorial.
- Gil de Biedma, Jaime. 1980. "Como en sí mismo, al fin", en *El pie de la letra*, Barcelona, Crítica, pp. 331-347.
- Larra, Mariano José de. 1997. *Fíguro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, est. preliminar
- Leonardo Romero Tobar, Barcelona, Crítica.
- Lista, Alberto. 1844. "De la supuesta misión de los poetas", en *Ensayos literarios y críticos*, I, Sevilla, Calvo-Rubio y Cía, pp. 167-169.
- Lloréns, Vicente. 1989. *El Romanticismo español*, Madrid, Castalia.
- Marrast, Robert. 1989. *José de Espronceda y su tiempo*, Barcelona, Crítica.
- Rodríguez Mohedano, Pedro y Rafael. 1779. *Apología del tomo V de la Historia Literaria de España*, Madrid, Ibarra.
- Romero Tobar, Leonardo. 1994. *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia.
- Schurknight, Donald E. 1987. "Alberto Lista: 'De la supuesta misión de los poetas'", *Dieciocho*, 10 (1987), pp. 168-181.
- Wittkower, Rudolf y Margot. 1992. *Nacidos bajo el signo de Saturno*, Madrid, Cátedra.
- Zorrilla, José. 1843. "El poeta", en *Los españoles pintados por sí mismos*, II, Madrid, Gaspar y Roig.